

POLITICA CULTURAL

JOSE LUIS MARTINEZ*

EDUCACION Y DESARROLLO

La urgencia de extender un bienestar mínimo a la mayoría de una sociedad y de asentar este bienestar en la salud económica del país ha sido una de las preocupaciones principales del mundo moderno. Los planteamientos y estrategias puramente económicos para alcanzar este desarrollo han reconocido, desde hace tiempo, la conveniencia de prestar atención a otras formas de mejoramiento social como la educación. Las interrelaciones entre educación, situación económica y estructura social interesan seriamente a las sociedades avanzadas y comienzan a preocupar también a las sociedades en desarrollo. Condicionan esta atención a la educación factores como la conciencia democrática, la necesidad de mantener y ampliar las capacidades de producción y consumo y las exigencias propias de la tecnificación progresiva. Además, para los países en desarrollo, la educación es una inversión indispensable, un requisito previo para la formación de los cuadros profesionales y un condicionante del cambio social.

ESCASA ATENCION A LA CULTURA

Más en tanto que la educación ha logrado este reconocimiento de su importancia como uno de los factores y objetivos del desarrollo, y la ciencia y la tecnología se consideran naturalmente exigencias previas para la formación de la nueva sociedad, la cultura no ha merecido aun una atención paralela.

El falaz razonamiento en que se apoya este escaso interés por la cultura podría enunciarse en la siguiente forma: ya que el objetivo principal que se procura es el desarrollo económico y social, debe darse prioridad a aquellas medidas y estrategias que puedan llevar más rápida y eficazmente a lograrlo: política fiscal, reforma agraria, redistribución del ingreso, obras de infraestructura, medios de comunicación e información, industrialización, tecnificación de la agricultura, seguridad social, educación básica y capacitación científica y tecnológica. En este cuadro de tareas de primera importancia, según esta argumentación imaginaria, la cultura no tiene sino una función secundaria: es un lujo superfluo y el ejercicio de minorías algunas veces desadaptadas, disidentes y aun perturbadoras de la paz social. Lo congruente, por lo tanto, es mantener sólo los gastos mínimos para la subsistencia de estas actividades, a fin de concentrar los máximos recursos y cuidados en las tareas más urgentes y productivas.

La aplicación de un criterio cercano al que acaba de esbozarse ha regido la política cultural de México y de muchos otros países en vías de desarrollo. La más obvia de las consecuencias de este hecho ha sido la escisión que se ha creado entre cultura y el movimiento general de las sociedades que buscan o quieren perfeccionar las metas del desarrollo.

Esta situación crítica me lleva a proponer las siguientes reflexiones acerca de la naturaleza de la cultura y de su función en las sociedades modernas.

*Escritor y crítico literario. Ex-Director del Instituto Nacional de Bellas Artes. Ex-Embajador de México en Grecia. Cronista de la Ciudad de México.

LA CULTURA EN LAS SOCIEDADES MODERNAS

En las sociedades de nuestro tiempo, no importa su grado de desarrollo, la vida cultural es indispensable para la integración nacional y espiritual, como alimento y perfeccionamiento de la educación, como formación intelectual y moral y para el decoro de la vida humana. El desarrollo económico no es un fin en sí mismo. El esfuerzo de estadistas y planificadores para que el mayor número de hombres alcancen un bienestar y una justicia suficientes no puede concluir en que todos dispongan de los servicios y aparatos mecánicos con que solemos representar la imagen del progreso; la meta que todos deseamos es que cada hombre, una vez a salvo de la necesidad inmediata, protegido y libre, educado y sano, pueda seguir siendo cabalmente humano, esto es, que no se le amputen ni se le enajenen aquellas facultades de imaginación, de reflexión crítica y de espiritualidad, que son tan propias de lo humano como las aptitudes prácticas. Tan distintivo es de lo humano ser el hombre que fabrica y organiza como ser el hombre que juega, el que imagina, el que canta, el que medita o el que sueña.

UNA SOCIEDAD SANA

Una sociedad sana, así sea precaria su economía, crea y mantiene de manera natural una vida cultural. Pero en los grandes conglomerados modernos, y en general en las sociedades en proceso de cambios estructurales, aquellas formas tradicionales van diluyéndose y confundiéndose con el aluvión de nuevos mitos, imágenes, formas de vida y mensajes que arrastra el progreso tecnológico. Para conservar aquella salud se hace necesaria, pues, una acción orgánica, esto es, una política cultural, tan congruente y decidida como la que se aplica a otras formas del comportamiento humano.

CULTURA COMO CREACION Y COMO FORMACION

Las funciones culturales que expondré inicialmente son las tradicionales y básicas de esta actividad humana. Me refiero en primer lugar a la creación artística e intelectual, capacidad superior por la que el hombre se expresa y da uno de los más altos testimonios de su dignidad. Ahora bien, estas creaciones del espíritu no son solamente una complacencia para el espectador, lector o auditor, sino, además, un bien que enriquece permanentemente el patrimonio cultural, un modelo, una formación para nuestra alma y aun una visión radical y anticipada de la realidad.

La otra función tradicional de la cultura es la formadora de las mentes humanas al hacerlas participes, por medio de la enseñanza o la divulgación, así sea en forma incipiente, de los acervos culturales, comenzando por el conocimiento de la propia lengua y de los recursos expresivos. Una acción más profunda de esta función formadora es la que efectúan los investigadores, historiadores y estudiosos al ampliar, precisar o interpretar nuestros conocimientos acerca de la cultura, contribuyendo de esta manera a la integración espiritual de un pueblo o de una comunidad de naciones.

DIFUSION CULTURAL

El tema de la cultura como formación se enlaza con la preocupación, afortunadamente cada vez más extendida, por su difusión popular. Nada es más plausible que continuar ampliando este acceso mayoritario y, para ello, los medios de comunicación masivos son un instrumento de poder excepcional.

Sin embargo, esta preocupación por la cultura popular suele caer fácilmente en dos confusiones contra las cuales conviene prevenirse. La primera es la de ofrecer a las masas sólo subproductos, arreglos o condensaciones supuestamente accesibles de las obras originales, en lugar de atraerlas a la comprensión y al disfrute de las auténticas creaciones por medio de una introducción gradual y pedagógica. La otra confusión es la de adoptar una política cultural “populista” que se limite a la difusión popular y a las artes típicas. La cultura

de un pueblo la forman tanto sus expresiones incipientes, tradicionales e infantiles como sus manifestaciones adultas. Y para que pueda haber divulgación debe existir previa y forzosamente una élite que cree e interprete una cultura. Además, somos herederos de un patrimonio universal cuyo disfrute y cuyas lecciones de humanidad debemos hacer accesibles a cuantos los procuren. Renunciar a este patrimonio, con el pretexto de afirmar lo nacional, es empobrecernos y aislarnos.

CRITICA DE LA SOCIEDAD

La crítica de la sociedad es una de las funciones tradicionales de la cultura que se han agudizado particularmente en nuestro tiempo. El “poeta maldito”, que llevaba un nombre romántico, ahora se ha convertido en el escritor o el artista comprometido o revolucionario que exige y ejerce su libertad para promover una revolución política, económica, social, moral o cultural. En ocasiones, es un serio problema para los organismos estatales mantener la libertad de la creación y del pensamiento y conservar, al mismo tiempo, la paz social y la participación de artistas y escritores en la vida del país. Aun así, debe preservarse y respetarse esta actitud crítica o disidente, fermento necesario para la salud de los pueblos y motor indispensable para el cambio y el progreso sociales. Vale la pena recordar que muchos de nuestros patricios cívicos y personalidades culturales fueron en su tiempo disidentes o revolucionarios.

LIBERACION DEL CHOQUE TECNOLOGICO

Ante la transformación y la confusión que los medios de comunicación masiva han determinado en los valores culturales y en las actitudes humanas; ante el enorme empuje de irracionalidad y automatismo, el artista y el intelectual no científico son los únicos que se han librado de la presión tecnológica y se han negado a colaborar con los teóricos de la destrucción y de la explotación. El arte ha sido considerado como un conocimiento anticipado que nos muestra el camino de la libertad individual y nos enseña como preservar nuestra identidad frente a la enajenación, y así se ha visto a la cultura como un refugio que preserva las verdades y las imágenes olvidadas, y los fines mismos de la humanidad que la ciencia tan a menudo ha traicionado.

MEJORAMIENTO DE LOS MEDIOS DE COMUNICACION

Pero al mismo tiempo que a librarnos del choque tecnológico, la cultura esta llamada también a contribuir al mejoramiento de los medios de comunicación masiva. Ya sea que sirvan o no a propósitos comerciales, la prensa, el cine, la radio y la televisión deben guiarse por un esquema muy simple: distraer y cultivar, informar y cultivar, instruir y cultivar, esto es, reconocer la formación cultural como la misión propia de estos medios de comunicación, considerando que dentro de esta formación caben todos los imperativos y los caminos para preservar la salud a nuestras sociedades.

LA CONSERVACION DEL PATRIMONIO CULTURAL

La última de las funciones de la cultura a que deseo referirme es la que, en un sentido muy amplio, puede llamarse conservadora. Partiendo del presupuesto de que los pueblos han creado, en el transcurso de su historia, un conjunto de bienes tangibles e intangibles a los que denominamos patrimonio cultural, y que constituyen la riqueza y la estructura espiritual de cada pueblo, se ha reconocido como un imperativo cultural la preservación y la conservación de estos bienes. Esta acción opera lo mismo sobre los monumentos y los vestigios de las culturas remotas que sobre los tesoros artísticos y los documentos de toda índole que guarda una cultura, y debe extenderse asimismo a la conservación de las culturas locales o minoritarias y de los acervos folklóricos. En este campo existen tareas muy importantes que deben proseguirse y ampliarse, ya sea

promoviendo trabajos de exploración y conservación de los bienes culturales, ya impulsando la museografía y la biblioteconomía, ya haciendo investigaciones y publicaciones y uniendo la voluntad de los países para salvaguardar los tesoros artísticos de la humanidad.

EQUILIBRIO ENTRE TECNICA Y ESPIRITUALIDAD

Así como las ciudades industrializadas se ven amenazadas por el smog que pone en riesgo la vida por el apresuramiento tecnológico, pensemos que en el orden mental una imprevisión semejante puede originar también un smog mental, si perdemos el equilibrio entre técnica y espiritualidad. Un smog por el que vayamos olvidando progresivamente el sentido de las formas culturales, inútiles económicamente, pero que son una respiración indispensable para el espíritu: la oración y el canto, la meditación y la crítica, el conocimiento y la compasión. Existen muchos estudiantes de carreras técnicas que carecen de rudimentos en el conocimiento de su lengua y para los cuales las creaciones culturales carecen de sentido, si no es el que les ha transmitido algún film o la televisión. Y a pesar de las reservas con que puedan escucharse las voces de artistas e intelectuales, para quienes las viejas presencias siguen teniendo una importancia y para quienes los viejos principios y los viejos valores siguen existiendo; a pesar de que nada útil ni concreto ni contabilizable para el desarrollo ofrezcan, es preciso reconocer que, si queremos construir una civilización que redima y mejore efectivamente al hombre, esta civilización no puede prescindir del cultivo del alma.

Confío en que no esté lejano el día en que la conciencia pública, y no sólo voces aisladas, adviertan los peligros de esta grave distorsión cuyos objetivos parecen ser los de dar al hombre exclusivamente el acceso básico al saber práctico y teórico, por medio de la educación, y convertirlo luego en un instrumento de producción. El objetivo puede seguir siendo el desarrollo, con tal de que no sea sólo el desarrollo económico, sino el desarrollo humano en el cual la cultura debe tener precisamente la misión de conservar en el hombre su capacidad de discernimiento, de comprensión y de expresión, y de permitirle seguir siendo un individuo y un miembro responsable de la comunidad humana.

UNA POLITICA CULTURAL

Hasta aquí he intentado describir la razón de ser y la naturaleza de la cultura y sus funciones en una sociedad como la nuestra. Ahora bien, una política cultural podría esbozarse, en principio, en torno a estas funciones principales y guiarse por el designio de que sea congruente con el proyecto de país a que aspiramos. Puesto que queremos una sociedad más justa, es preciso reconocer que la preservación de los valores humanos, tanto como la resolución de los problemas económicos y sociales, es también indispensable para el mejoramiento efectivo de nuestra sociedad.

En cuanto a cuestiones de método, se hace cada vez más indispensable articular las diversas y múltiples agencias culturales en torno a un organismo coordinador con autoridad suficiente para concertar acciones tan a menudo dispersas, duplicadas o contradictorias. Si nuestros recursos son limitados -y lo son especialmente en el campo de las actividades culturales- es insensato dejarlos a merced de la confusión, de la mediocridad y de exhibiciones personales. Y acaso si lográsemos articularlos y racionalizarlos, dando a cada organismo su propia tarea, evitando duplicaciones, superposiciones, despilfarros caprichosos y absurdos, descubriríamos que, entre todos, podemos hacer una tarea cultural que sirva orgánica y eficazmente a todos los sectores de nuestro pueblo. Mencionaré, además, sólo tres de las tareas, hasta hoy inertes, que en el campo de la cultura requieren atención preferente: el de las bibliotecas públicas, archivos y centros de documentación, en los que México se ha dejado caer en la incuria; el de las Casas de la Cultura regionales, y el de la elaboración, el inventario y la conservación de los bienes culturales, previstos en la ley de mayo de 1972.

Tan apremiante como sea la situación económica de nuestro país, estamos constreñidos a reconocer la naturaleza invariable de la condición humana y el hecho de que una civilización sólo puede sobrevivir fundada en una alianza estable entre materia y espíritu. Tal es uno de los retos que nos propone nuestro tiempo y uno de los imperativos de nuestra sociedad que deseamos fincada en la justicia y en la libertad.